



Mauricio Bacarisse

La persecución de lo paradisíaco (impresiones teatrales)

El valor de los escenarios

El valor que adquiera o conserve un escenario en el teatro nunca debe ser despreciado por el espectador. Antes bien, este debe atender siempre las fluctuaciones que tal valor sufra, procurando que ninguna variación pase inadvertida. Cuando se encuentra ante el telón de anuncios, toda sala bosteza y nadie se entera de lo que aquel intolerable medio de publicidad quiere meter por los ojos a todo el mundo. (Mal medio de levantar industrias marchitas.) Además, el telón de anuncios produce la impresión de una de esas vallas también de anuncios que, coronadas por altas armaduras, encubren muchos solares, y así, en la impaciencia y el hastío, el hombre de la butaca -ese hombre que ha comido de mala manera y ha blasfemado ante el espejo porque su corbata nueva no corría bien dentro del cuello planchado-, en vez de caer en los limbos de las sugerencias imaginativas que debe engendrar un escenario, sospecha estar ante un solar urbano, cubierto de alfalfa, ortigas y gramas y encubierto por telas pintadas.

Desde las localidades altas y modestas el escenario pierde esa estúpida rigidez que tiene desde el patio de butacas, y toma con la perspectiva prestigios de rombo. La madera del proscenio nos sugiere una música de carpintería -sierras, garlopas, guillames- que es confundible con la del indispensable cuarteto. La concha del apuntador parece un irritado divieso.

En los teatros grandes, en plena farsa, cuando el telón se cansa ya de estar escondido, el espectador, que no oye bien por defectos de acústica y magnitud de distancia, contempla el alvéolo de la escena donde evolucionan los inquietos y abigarrados monigotes de carne, con la misma curiosidad con que se mira un acuario en donde danzan algas, erizos y estrellas de mar y coquetean marítimas anémonas y seductores pólipos.

En las vastas y grandes Óperas, desde los paraísos -siempre la preocupación paradisíaca- las sopranos y los tenores se ven como inquietos infusorios de una preparación microscópica en la platina del escenario.

El teatro Eslava reserva una sorpresa. Hay en él unas butacas que se acurrucan debajo de los palcos y -la otra noche lo comprobé- no permiten ver la parte superior del escenario, cortándolo según la curva del anfiteatro y truncando el rectángulo -¡oh, maravilla!- en un desvencijado trapecio.

Sin embargo, así como no nos ocupamos del marco de la obra pictórica admirada, cuando el interés de la obra teatral nos traslada a un plano paradisíaco, el valor del escenario se iguala a cero.

La advertencia en el babero

Siempre recuerdo con emoción aquellos baberos azules y rosados que vi y traté en mi infancia. Cada uno tenía bordada o marcada una advertencia. Las más concisas eran las mejores; verbi gracia: «Come y calla». Al público del teatro hay que ponerle siempre una servilleta por si se le cae la baba de admiración y embeleso. Podría decirse que junto a la caja automática de sorpresas -caja que hace que los paletos se coman las pastillas de jabón creyendo que son bombones- hay siempre un brazo como de lavabo en que colgaba una servilleta -la cual, según el equívoco galo, podía ser toalla-. El señor Martínez Sierra ha ofrecido un manjar desconocido -Bernard Shaw pasado por el tamiz de Broutá- y ha bordado delicadamente en el babero del público: «No vayas a hacer ascos y pongas a toda la familia en ridículo. Esto es de lo más rico, sabroso y europeo que darse puede». ¿Exceso de previsión? Quizá, pero yo creo que el babero que saca aquel señor de frac que sale antes de alzarse el telón, y que muchos tomaron por un rollo de papeles, no se ha hecho en ocho días, ni siquiera en ocho meses como el equipo del primer niño de los recién casados. Es obra de años. También quizá sea ese su defecto.

El estreno de *La intrusa*, de Maeterlinck, en la Princesa fue bochornoso: el público se levantó de mal talante diciendo que le habían engañado. La mayoría no entendió la obra. Don Ramón del Valle-Inclán y don Antonio Zozaya, que presenciaron el desastre, algo pueden decir de esto.

No cabe duda de que hay niños que meten los dedos en la salsera y salpican las immaculadas pecheras de los invitados.

La alumna antigua

Lo que pocos de los espectadores de *Pigmalión* han notado es que la adorable señora Bárcena era una antigua discípula -y muy aventajada- del profesor Enrique Higgins. Maravilloso rruiseñor, flauta encantada, ¿por qué has tardado tanto en encontrar a tu profesor de fonética? ¿Por qué no has corrido antes hacia él para acreditarle y darle gloria? Hacía ya mucho tiempo que la señora Bárcena tomaba lecciones del profesor Higgins. Ya el año pasado, el que escribe estas pobres líneas, con un dulce y adorado fantasma al lado, observaba desde un palco que la yankee de París New York hacía prodigios de imitación con su voz preciosa. Y, a veces, la imitadora, la fiel discípula de Higgins, le llevaba ventaja a la grande y encantadora actriz en que, por fidelidad en remedar y seguir una rigurosa disciplina, perdía su voz la expresiva claridad rotunda y se hacía tan exactamente americana -¡oh, prodigio!- que costaba trabajo entenderla. Dueña de la voz más linda y habiéndose perfeccionado en numerosas obras, no ha tenido inconveniente en descubrir el secreto y presentarse oficialmente como el portento

que acredita el sistema Higgins. La Elisa del primer acto no nos puede engañar. Viene a hacer el examen de ingreso con la tesis doctoral en la faltriquera. Y a fe mía que Bernard Shaw debiera hacer un viaje a España para escuchar sus trinos.

La probabilidad paradisíaca

Un lechuguino me dijo en cierta ocasión: «Yo no puedo llegar al teatro antes del segundo acto». Y le repuse: «Eso prueba primero que es usted un hombre muy elegante, y segundo, que no le gusta a usted el teatro». En los coliseos nunca había ido a buscar el paraíso, y no como localidad porque era un lechuguino, sino en un viaje de purificador ensueño. La contemplación de una farsa es siempre pretexto para entrever lo paradisíaco, de lo cual no podemos formarnos otro concepto que el de un -442- espectáculo que por mucho que pretendiera distraernos y divertirnos solo lo conseguiría plenamente al ofrecernos los chismes, rencillas y enredos humanos, mejor que presentándonos una lozana frutería del tipo Brueghel-Teniers. El teatro podría ser educador, didáctico, didascálico, profiláctico, si las funciones se celebraran a las nueve de la mañana, y así saldría uno ungido de teatro como se sale ungido de devoción y buenas intenciones después de la misa matinal; pero a las diez y media de la noche, después de padecer los sinsabores cotidianos, el hombre sólo gusta del teatro paradisíaco, que no es tal sino porque nos parecen preferibles las intrigas humanas a todo bienaventurado sosiego. Me figuro que en algún Diccionario Enciclopédico del Planeta Marte debe de existir un artículo que rece aproximadamente: «Habitantes de la Tierra. -Seres que se pasan la vida afanándose en resolver conflictos políticos, sociales, jurídicos, técnicos y privados y que después de desazonarse durante el día van al teatro como al Paraíso que perdieron, por ver una ficción y un compendio de todo cuanto padecen en la vida, con la condición para su deleite de que para todo traidor haya justicia inmanente, y dulce himeneo para cualquier pareja de tórtolos».

«Nosotros no vamos al teatro a pensar sino a reír. La vida es demasiado complicada y cruel para que nos sacrifiquemos pecuniariamente por ver un trasunto de todos los conflictos que nos han afectado o puedan afectar, y que reanime y reverdezca la inagotable inquietud que llevamos dentro. Nosotros vamos a gozar.» Así habla parte del vulgo descomedido y francote. Pero lo cierto es que todos los espectadores de teatro asisten a él por placer; todos acuden en busca de un placer. Este estriba, para unos, en pensar; para otros, en reír; para aquellos, en llegar a emocionarse dolorosamente.

Si el espectáculo de la vida nos absorbiera deleitosamente y en un estado de arrobamiento constante presenciáramos el desarrollo de los acontecimientos que del trato común de la especie humana se derivan, nos hallaríamos en el paraíso, en el único paraíso posible, después de haber sido briznas vivientes en la selva de lo civilizado. El hombre no puede formar concepto de otro paraíso que aquel que sea lugar geométrico de todas las felicidades. Así en casi todas las religiones existe como premio a la virtud un estado en el que todas las dulzuras deseables son otorgadas al justo, y en el -443- que están contenidas todas las alegrías que se pueden imaginar. Fuera de lo que se puede imaginar, está el gozo de la gloria y bienaventuranza. Solo tenemos idea, o mejor dicho, representación, de las dichas que la existencia ofrece como óptimo límite, y solo a ellas aspiramos, en todos los juegos de nuestra imaginación.

La hora de ir al teatro es hora rezagada, arrinconada en el ángulo de la noche; a ella llega el hombre urbano con desasosiego y fatiga, y, sin embargo, aún le quedan fuerzas para escoger la corbata más linda, los últimos gemelos que le han regalado, el más maravilloso chaleco. La noche de antes estuvo hundido en un sillón, con las piernas

extendidas, en una postura incorrecta, abrumado de amorfas preocupaciones y de denso hastío. Deseó algo sereno, cristalino, de un verde moroso y uniforme, un paisaje de laxas lejanías, de concentración (¿Patinir?). Y no encontró más anodino que el lecho. Esta noche en el palco lo olvida todo, y a la cuarta escena está solo pendiente del juego escénico y, tan enfrascado como un niño, duda que haya un paraíso de reposo y le entra el reconcomio: «¿Qué pasará? ¿Qué pasará?».

Pero ¡mucho cuidado!... No confundamos al espectador que silba discretamente y con sordina el mismo vals que el cuarteto solloza con ese hombre que entra hosco, el ceño fruncido, y que por una irrisión del destino se sienta en una localidad. Ese, el que viene al teatro por compromiso -un compromiso casi siempre consigo mismo-, es el hombre que no gozará porque trae dentro un drama, una comedia: ese hombre, aunque ha pagado su butaca, es un actor, es el protagonista de un conflicto interior que trae en el alma y sólo viene a cotejar su dolor o su deseo con las penas y los afanes fingidos del proscenio. Para ese nunca habrá paraíso en el teatro, ni en la entrada general, ni aun en el palco egregio si se lo abrieran. Ese, el pesimista, el que mide el universo con su particular rasero, el que quiere imponer las soluciones que ha tenido que aceptar, el cascarrabias que disiente de la actitud que se dibuja en la farsa representada porque no coincide con la que él quiere conservar en la farsa de que es actor, en la farsa de la existencia. Mientras el optimista ríe y confirma: «¡Tiene gracia!», el actor que no debiera ser más que actor y que, indebidamente, ocupa la luneta, masculla colérico: «¡Bonito estaría el mundo si obráramos de esta suerte!».

Así, están las salas divididas en dos bandos: los ingenuos, confiados, que ríen y gozan, olvidándose del bagaje de preocupaciones e inquietudes; y los otros, los endemoniados, los que no gozan del paraíso, aun estando en él, los que buscan, comparan -444- y establecen paralelismos entre su papel y el del histrión que tienen delante, las que no dejan de ser lo que son durante todo el día, los que no se distraen.

El mejor teatro es aquel que convierte en espectadores al mayor número de personas presentes y reduce al mínimo el de actores o protagonistas de su propia vida, que conservan tal carácter durante la representación. El peor teatro -en cuanto al problema de la persecución de lo paradisiaco- sería el que conservara la personalidad de cada uno de los asistentes sin arrebatarla, ni enajenarlos.

Si toda la conciencia se encauza en atención, y si el interés en una sala es tan agudo que pueda oírse el vuelo de una mosca, lo mismo en un sainete o mojiganga, en el sutil diálogo de la comedia y en la congojosa escena trágica, es porque al teatro no se va ni a pensar, ni a reír, ni a llorar, en relación con lo que se piensa, se ríe y se llora en la vida, sino que se va a estar en otro mundo absolutamente distinto del habitual, podría decirse que en otro planeta.

El mundo de la realidad y el del teatro nunca pueden compararse, porque siempre son diferentes. Cuando los dramaturgos y los comediógrafos los mezclan y hacen híbridas mixturas, pagan su desafuero con el más ruidoso de los fracasos. Y aunque para ellos sea inexplicable, con un poco de perspicacia se comprende que a veces los oyentes que se han deleitado en los primeros actos, en el último o en el desenlace protestan bravamente, cuando del plano inverosímil, irreal y paradisiaco se les hunde en una trivialidad de solución que solo en la realidad es posible.

Todos ansiamos un poema de cada cosa. Todos queremos que nos canten ese poema, y además deseamos que no nos lo anuncien. Risas, penas, filosofías... Sí, pero sobre todo que no sean las mías, las de este mundo; que sean las de un mundo paradisiaco en que por un ardid de prestidigitación se convierta aquel.

El teatro de Bernard Shaw ofrece un sorprendente ejemplo de construcción artística, hecha con los materiales de la vida, pero destinada principalmente a cobijar las más características y sutiles aspiraciones de nuestro tiempo. Discute la permanencia del tipo histórico y la niega en cuanto considera que cada modelo que pongamos -por ejemplo, Julio César- aparece en el espíritu de cada época con las modalidades y tendencias -445- espirituales que en aquel tiempo predominan. Así combate al Julio César de Shakespeare, alegando que tiene más del espíritu caballeresco y de las ideas ambientales o personales del autor que del auténtico carácter del hombre histórico. Shaw por su parte lo presenta según el modo de pensar del siglo XX, y así se figura y cree que ha investigado y descubierto mucho más en el espíritu del hombre de Estado romano que el inmortal William. Debajo de su obra pudo añadir: «Mejor que la del mismo nombre y tema de Shakespeare». Sin embargo, yo no acierto a comprender cómo Bernard Shaw, que como nadie ha levantado un teatro irreal, inverosímil, no abandonando jamás los asuntos y muñecos de la más cotidiana y apremiante realidad, pero moviéndolos según un sistema que representa y traza el límite al que puede tender la realidad sin alcanzarlo nunca, y dentro de un espacio de distintas e inequívocas dimensiones, haya podido creer que el dramaturgo persigue lo real y no lo paradisiaco.

En Pírgamo, comedia de Shaw, que saborea y aplaude el público de Madrid, todo el segundo acto es de una intensidad, de ridículo en cuanto a la situación de todos, que en la vida sería insostenible. Ese espectador que no es espectador, ese hombre de piel dura que no se deja seducir y coteja a todo momento las decisiones de los personajes con las que él tuviera en su lugar; ese no podrá menos de objetar: «Un hombre tan impertinente y mal educado como es el profesor Higgins en este acto no podría repetir muchas veces esta escena con las visitas de su señora madre sin que le abofetearan. No es posible que la señora Eynsford, Clarita y Federico aguanten tanta grosería, sin iniciar la más ligera protesta. Respecto a la señora Higgins, es de una insensibilidad marmórea ante una insostenible situación de violencia. No se concibe asimismo que Elisa desbarre con tanto ahínco y siendo inteligente no perciba el deplorable efecto de sus palabras. Esto es inverosímil». El optimista, el que se ha reído durante todo el acto, le diría: «Pero no es imposible». «No es lógico», diría el otro. «Es que yo no voy a ver un corolario de mis opiniones en una obra teatral. ¡Viva lo imprevisto!» «Yo quiero que en el teatro no desaparezca el sentido común.» La disputa seguiría indefinidamente.

En verdad, lo que uno quiere es que el mundo del teatro se ciña al infierno que lleva dentro, y el otro goza al contemplar el universo que quisiera para sí y para los que le rodean. ¿Edén?

[España, 290, 20 de noviembre de 1920, y 292, 4 de diciembre de 1920]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

